

Adelanto de cuentos y relatos incluidos en la Antología: La sombra de Ariadna

La sombra de Ariadna

[...A pesar de su estado de conciencia, ella sigue avanzando. Su amor por Teseo es más fuerte. Impiadosa, sigue adelante sobre el sendero que traza y sin ánimo de detenerse, va soltando por tramos el hilo que marca el cruento destino, en los pasillos del laberinto.

Ariadna camina con paso firme, en su trayecto recorre las cavernas con los pasos de la traición que, inmediatamente, muta a sus espaldas y, como llamada por un rito tenebroso, se abre entre penumbras la espantosa puerta de la muerte, con su frío característico, seco y polvoriento, sostenido en el aire por ninfas del hades. Ellas emanan de sus bocas vapores de olvido y un camino de recuerdos como blanca neblina. Sobre ella se desliza la reina de la noche con su hedor a tumbas. El puente está tendido. La parca deja la arcada, avanza con su manto arcaico desde la temible oscuridad, arrastra a su paso el filo de la hoz que la acompaña eternamente y se mimetiza en los espacios de sombras, con la figura de Ariadna...]

La Herencia

[...Es en ese instante, en que sus zapatos se despegan por centésima vez del piso, cuando el tiempo se aletarga y la mirada de la abuela se pierde en el vacío... No pasa mucho tiempo cuando vuelven a caer, sobre la tierra, los zapatos de la pequeña y golpean con fuerza, el piso, llenándose de polvo.

El tiempo va tan lento, que parece detenerse, cuando la anciana se pierde en la huella que esparce el polvo a medida que aumenta, en cada salto.

Ella, en segundos, se transporta y despierta en otros tiempos. Como si, por un instante, una puerta secreta se hubiera abierto en el medio de la nada. Inmóvil, tan solo con su memoria, recoge una imagen que cobra vida, del pasado, sin ser evocada...]

La piedra del olvido

[...En el camino había una roca rectangular, erguida sobre una enorme base, adornada con escritos que podían inspirar a los viajeros más letrados y a los que no lo eran tanto. Nadie sabe quién había sido su autor, pero parecía ser una obra inspirada en la vida. Tenía cuatro metros de alto y el ancho suficiente como para escribir treinta y siete veces la frase: *¡siempre habrá algo que ignoras! Siéntete agasajado porque podrás aprender*. Ese día un sabio, forastero, que estaba leyendo en sus caras, leía en la cara contraria, otra de las tantas frases sueltas. Esa decía: *Quien beba del elixir que se debe compartir curará sus enfermedades, pero nunca las del mundo...*]

La Cautiva

El miserable llama a mi puerta... Ya me había vuelto loca llamándome al celular. Nunca contesté sus llamadas, tampoco leí sus mensajes. Y ahora lo veo ahí parado, a través de la mirilla, con su rostro sereno, su mirada vacía y su aspecto común y corriente. No respondo porque conozco sus mañas. Pero él insiste una y otra vez.

En el cuarto o quinto intento, aunque internamente me niego a abrirle, hay algo que me hace meditar, una cuestión ética tal vez, que no me permite dejarlo plantado en la puerta y finalmente lo recibo. No quiero escuchar su voz, pero él siempre consigue hacerse oír.

Desde el momento en que la hoja de la puerta se hace a un lado, puedo percibir su estúpida sonrisa. Ya nos vemos cara a cara, me sonrío, en su interior cree que ha ganado la batalla y que no me doy cuenta de su estratagema. Yo disimulo, le respondo en tono neutro, desvío la vista. El alza la voz - Las ventanas están abiertas...

La Grieta

Eran las tres de la mañana y su corazón lo despertó de un salto. Sentía como sus pies se deslizaban, dejando caer precipitadamente su cuerpo hacia el vacío. Gritó y gritó en medio de la oscuridad, pero nadie pudo oírlo... Lloró, intentó aferrarse del vacío y siguió llorando hasta que sus pulmones quedaron casi sin aire. Se despertó desconsolado, con la frente empapada de sudor, el pelo pegado a la cara y sus ojos fijos en la encendida inmensidad de la ciudad. Pronto recobró el aliento y al mismo tiempo fue comprendiendo que se había tratado solo de un sueño. Se miró las manos, miró alrededor. La noche estaba fría y las piernas pasaban caminando sin advertir que su pesadilla comenzaba al despertarse...

El bosque

[...Sentí cierta tristeza al pensar que habiendo tantas diferentes formas de vida, todas marcaran los caminos de la misma manera ¡monótona forma de vivir! Pensé y fruncí el ceño con enojo, con cierto grado de impotencia. Fue entonces que una idea asomó en mi mente y despertó el terror en mi alma. Un terror parecido al que me abordaba cada vez que llegaba a la zona profunda del bosque, donde el sol ya no se sentía, donde los caminos se perdían entre la hierba...]

El inmigrante

[...partió sin mirar atrás. Caminó sin pensar en nada más que en la esperanza de encontrar lo que tanto prometían en otras tierras y con ello poder volver a buscar a su familia. Así era el inmigrante europeo de aquellos tiempos, hombre decidido, aguerrido, fuerte y trabajador. Casado con el compromiso y leal a su familia.

Partía, entonces, sin saber que los aborígenes, de otro mundo totalmente distinto, iguales en muchos aspectos, heredarían su carácter al cambiar su identidad...]